

URBANO.

Vamos.

EL DUQUE, volviendo.

Ah! pero, dime, por ventura alguna otra afeccion?...

URBANO.

Quién, yo?... No se trata de eso, Cayetano! sino de prepararse al yugo, á la limosna de ese matrimonio, ó de salir al encuentro de la libertad eterna!

EL DUQUE.

Conque esperas morir? Y por qué, vamos á ver?

URBANO.

¡Ay, amigo mio! conozco, siento que en mí, una vez muerta la pasion, acaba tambien la vida!...

EL DUQUE.

Bah, bah! la pasion! chico, la pasion es una especie de fenix que no muere nunca! Mira, yo soy el mayor, tengo esperiencia, y creeme á mí: ese mismo desfallecimiento que esperimentas es el mejor sintoma de que te hallas en visperas de renacer... Apuesto á que no tardas en decir conmigo, parodiando el grito de los antiguos heraldos: ¡El amor ha muerto, viva el amor!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO

Quinta de Seval. — Gran habitacion, estilo Luis XV. — Puerta en el fondo precedida de una antecámara que se abre sobre un jardin. — Puertas á derecha izquierda, segundo término, la primera comunicando con la habitacion de a marquesa, la segunda con una galería. — Grandes ventanas laterales á derecha é izquierda (primer plano). — Biblioteca en los tableros ó espacios comprendidos entre puerta y puerta. — Un sofá á la derecha. — Un escritorio á la izquierda. — Butacas, sillas. — Un juego de ajedrez sobre una consola á la izquierda. — Otra consola á la derecha, frente á la primera, sobre la cual habrá una bandeja con vasos, carrafa y frasco de esencias.

## ESCENA PRIMERA

CAROLINA, EL DUQUE.

Carolina aparece examinando los libros colocados en la estantería de la biblioteca, toma apuntes en un libro de memoria y luego los traslada á un registro que se halla abierto sobre el escritorio. El duque entra por el fondo, con un periódico en la mano y un cigarro en la boca, y va á recostarse en el sofá.

EL DUQUE.

Uf! qué calor! (Viendo á Carolina.) Ah! dispensádmme, señorita, no os habia visto! Venia aqui á fumar á mis anchas y...

CAROLINA, que acaba de sentarse al escritorio.

Fumád cuanto queráis, señor duque.

EL DUQUE.

No, mi cigarro es detestable. (Le tira por la ventana y va á apoyarse en el respaldo de la silla de Carolina.) Os incomodo tal vez?

CAROLINA, levantándose y yendo hácia la derecha.

De ningun modo, señor duque.

EL DUQUE, siguiéndola.

Por qué me llamáis siempre señor duque?... Señor duque!... y en el campo!

CAROLINA.

Pues cómo queréis que os llame?

EL DUQUE.

Llamádmme... qué sé yo! Señor... señor...

CAROLINA, volviendo al escritorio.

No os molestéis en buscar... En Seval, como en Paris, ois siempre el señor duque. (Vuelve hácia la izquierda.)

EL DUQUE.

Justo, no me falta mas que el ducado! (Se adelanta hácia ella.) Qué alegre es el campo en este tiempo, eh?

CAROLINA.

Delicioso! No aprovecháis esta hermosa tarde? (Va á sentarse al escritorio y encuentra al duque en el sillón.)

EL DUQUE.

No, hace demasiado calor; y como nosotros no gastamos sombrilla, sino cuando las señoras mugeres nos las endosan mientras hay sombra!... Y francamente, me divierte muy poco servir de page á la señora de Arglade. Por eso me vine aquí á... (Quita á Carolina maquinalmente el registro que ella tiene en la mano y apoya los codos sobre él.) La bendita baronesa! ¡Apénas nos ha inventado historias durante la comida!

CAROLINA.

Inventado?... No! Leoncia tiene una buena calidad á la que vuestra madre hace justicia : nunca miente.

EL DUQUE.

¡No digo que no! (Carolina se aleja hácia la derecha.) Sin embargo, cuando mas convencida se halla de la inocencia de las personas, ¿sabéis la opinion que le merecen?

CAROLINA.

Cuál?

EL DUQUE.

Que, á escepcion de ella, todo el mundo es digno... de la horca.

CAROLINA.

Oh! sus juicios podrán ser algunas veces erróneos, pero su razon es sincero!

EL DUQUE, levantándose.

Sincero?... Sí, mucho! Tambien los pobres cocodrilos tienen el corazon sincero. (Viendo que Carolina no le hace caso, toma asiento en el sofá.) Señorita de Saint-Geneix!

CAROLINA.

Señor duque?

EL DUQUE.

Por qué os atareáis asi despues de comer? Descansád un poco! Lugar os queda de arreglar eso!

CAROLINA, con acento risueño, aproximándose al duque.

Vamos, eso es que queréis echar un sueño y que el ruido que hago os incomoda. Pero es el último dia; mañana quedará concluido el inventario y ya no os incomodará mi presencia en las horas de siesta.

EL DUQUE, levantándose vivamente.

Ah! esa es una manera indirecta de decirme : « Vos estáis tendido en el sofá mientras que yo estoy en pié.

CAROLINA, yendo hácia la izquierda.

Ni siquiera habia pensado en ello!

## ESCENA II

CAROLINA, EL DUQUE, URBANO.

URBANO, entrando por la derecha, y aparentando sorpresa.

¡Calla! estabas ahí?

EL DUQUE.

Sí, me vine huyendo de cierta persona de la cual te aconsejo no decir nada malo delante de la señorita de Saint-Geneix.

URBANO, secamente, aproximándose á Carolina.

Ah! la señorita no quiere que se diga...

CAROLINA, sonriendo.

La señorita solo quiere hacer uso del único derecho que aquí puede reclamar : el de callarse!

EL DUQUE, á Urbano.

Recoje esa china! y aprovéchate de ese derecho! (Urbano va hácia la derecha y toma un libro.) ¿Sabes que la señorita de Saint-Geneix nos trata á los dos con mucha dureza? Y eso que mamá quiere que nos mire como á hermanos... se lo voy á decir para que la riña!

URBANO, yendo hácia la izquierda y señalando un libro á Carolina.)

Anotád ese tambien, señorita; es una obra casi única y de mucho valor.

CAROLINA.

No, señor marques; no podéis prescindir de ella.

URBANO, con frialdad.

Perfectamente : no la necesito.

EL DUQUE, agitado.

Ah!

URBANO, aproximándose á él.

Qué tienes?

EL DUQUE,

Nada! que estoy que me lleva el diantre!

URBANO, volviendo á la izquierda.

Decias?... que las personas ocupadas son muy fastidiosas?...

EL DUQUE.

No, no es eso. Decia que estoy furioso de ver que mandas tus libros á Paris.

URBANO.

Y qué tienes tú que ver con eso?

EL DUQUE.

Donosa pregunta! Como si no supiéramos que vas á venderlos.

URBANO.

No hay tal cosa. Quién te lo ha dicho?

EL DUQUE.

Nadie, yo que lo sé. Es una liquidacion general, completa! Y el

dia ménos pensado venderás tu quinta, el único lujo que aun puedes ofrecer á mamá!

URBANO.

A mamá no le gusta el campo, le sucede lo que á ti!

EL DUQUE.

Pero á ti te gusta, y á la señorita de Saint-Geneix, y á mi tambien cuando estoy con vosotros. Y decir que todo es por causa mia! Oh! es horrible!... maldita sea mi mala cabeza!...

URBANO.

Tú estás loco! Vamos, hoy te hallas en uno de tus dias de *spleen*. Vete á dar un paseo á caballo y eso te distraerá.

EL DUQUE.

Ya no tengo caballos.

URBANO.

Es verdad! no me acordaba que se los habias prestado á Defresnes.

EL DUQUE.

Prestado? no, los he vendido.

URBANO.

Y por qué razon?

EL DUQUE.

Por la misma que tú vendes tus libros.

URBANO.

Pues bien, seamos filósofos, y aceptemos alegremente nuestro sacrificio. Mamá está tranquila y nada sospecha; la señorita de Saint-Geneix se resigna á ser su factotum; yo me distraigo trabajando, y tú...

EL DUQUE.

A buena parte vienes! yo no sirvo para maldita la cosa y, en vez de ayudaros, os miro con los brazos cruzados! Vamos, dadme una ocupacion cualquiera. (Carolina se aleja hácia la izquierda. — Urbano se deja caer en el sofá.) Señorita, empleádmme en algo. (Se dirige hácia ella.)

CAROLINA.

Queréis decirme si la edicion del diccionario de Bayle está completa?... ¡Allí, en la sesta division. . . contád los volúmenes.

EL DUQUE, subiendo en una silla.

Un poquillo alto está! si, debe estar completa. (Contando.) Veintitres tomos! Eh? me parece que mas pronto!...

CAROLINA, sumiendo.

Oh! está demasiado completa.

EL DUQUE, volviendo á subir en la silla.

Calla, pues es verdad! no hay mas que diez y seis. Conté dos obras en lugar de una. La culpa tiene la encuadernacion que es muy parecida. Pues, señor, buen principio!... y qué hago ahora?

URBANO.

Mira, mas vale que te estes quieto!

EL DUQUE.

De manera que no sirvo para nada?

CAROLINA.

Si tal. Servis para alegrar á vuestra madre, para infundirle ánimo, y como su alegría se refleja sobre todo el mundo, vuestra obra es muy útil ademas de ser meritoria.

EL DUQUE.

Seguid, seguid hablando...

CAROLINA, sentándose al escritorio.

Era todo lo que tenia que deciros.

EL DUQUE.

Qué lástima! sabéis decir las cosas tan bien! (Vendo hácia Urbano.) ¿No es verdad que tiene un modo de decir?... ¿Y sabes que es muy guapa, chico? (Carolina se aleja hácia el fondo.)

URBANO.

Tú deliras! qué ha de ser guapa!

EL DUQUE.

Tienes razon, no es guapa, es bellissima. ¡Mira eso, hombre, mira eso!... Qué cara!... qué gracia!... ¡qué aire de candidez y de inteligencia!... Ah! cuando te digo que es una muger deliciosa!

URBANO.

Chist! mas bajo!

EL DUQUE.

Bah! crees que ella hace caso?... Ah! donde la ves, no tiene ni un adarme de presuncion... es una muger que no se parece á ninguna otra!

URBANO.

Has dicho eso mismo de tantas!

CAROLINA, desde la izquierda.

Voy á guardar los Raffet para la señora marquesa.

URBANO.

No, mi madre prefiere los dibujos que le hace mi hermano.

CAROLINA, ingenuamente.

De veras?

EL DUQUE.

Sí, señorita! ¿creeis que mi madre no sabe distinguir?

CAROLINA.

Yo no he dicho eso, señor duque.

EL DUQUE.

Habéis visto acaso mis dibujos? (Va á tomar uno de una cartera que se halla sobre el velador.)

CAROLINA.

Me hubiera guardado muy bien de tocarlos sin vuestro permiso.

EL DUQUE, enseñándole un dibujo.

Eh?... qué tal?

CAROLINA.

Un país! muy bonito!

EL DUQUE.

No es verdad?

CAROLINA.

Sí, pero se me figura que deberiais haber puesto una barquilla...

EL DUQUE.

En dónde?

CAROLINA.

Aquí, en el rio que corre por entre los árboles...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV.  
"ALFONSO REYES"  
IND. 1625 MONTREY, MEXICO

EL DUQUE.

Qué río?... si es una alameda!

CAROLINA.

Nadie lo diría! parece un río.

EL DUQUE.

Pues, señor, me he lucido. (Deja el dibujo en la cartera. — Carolina se aleja hácia la izquierda.) ¡Está visto que soy un Salvador Rosa! (A Urbano.) Vas por fin esta tarde á Dunieres? Aun tienes un caballo.

URBANO, levantándose.

Está cojo.

EL DUQUE.

No importa, se le deja ir al paso.

URBANO.

Pues tómale y ve tú en mi lugar. (Carolina va á cerrar la puerta de la izquierda.)

EL DUQUE.

Tambien hoy? No dejará de marchar el asunto si pago yo las visitas que tu debes. Francamente, no comprendo tu indecision ni tu repugnancia por el matrimonio.

URBANO.

Pues yo creia que participabas de ella, y que tampoco te hallabas muy dispuesto á... (Se aleja hácia la derecha.)

EL DUQUE.

Quién, yo? te engañas! yo soy capaz de todo, hasta de casarme por amor, de ser fiel á mi muger... mas fiel que un perro de aguas!... Señorita de Saint-Genex?

CAROLINA, desde el fondo.

Señor duque?

EL DUQUE.

Venid á charlar con nosotros.

CAROLINA.

Dentro de un instante, estóy ya concluyendo... (El duque va á buscarla y la conduce hácia el proscenio.) Me preguntabáis?...

URBANO.

Mi hermano hablaba de casamiento... ¿No es asunto que os interesa?

EL DUQUE.

Por qué no? Acaso ha hecho juramento?...

CAROLINA.

Supongo que no se tratará de mí?

EL DUQUE.

No; pero, puesto que hablábamos en general... ¿cual es vuestra opinion respecto al matrimonio?

CAROLINA.

Mi opinion es que todo el mundo debe casarse.

URBANO.

Oh! la señorita de Saint-Genex tiene sobre ese punto sus teorías particulares.

EL DUQUE.

Entonces, sin duda pensáis tambien casaros?...

CAROLINA.

Oh! en cuanto á mí, es diferente; yo no soy libre. (Haciendo ademán de retirarse.)

EL DUQUE, deteniéndola.

Hola! de veras? Tenéis algun compromiso?... algun impedimento?...

CAROLINA.

Y no muy pequeño. Tengo cuatro hijos.

EL DUQUE, riéndose.

Cuatro! y tán jóvenes?

CAROLINA.

Y por mejor decir, cinco; porque su madre, aunque mi hermana mayor, es tambien mi hija. Esto supuesto, si llegara á casarme seria para reunirlos alrededor mio, y ya veis si necesitaba valor el infeliz que hubiera de mantenerlos!

EL DUQUE.

Pero, no casandoos, estáis separada de vuestros queridos hijos, como vos los llamáis, y no me parece que es una gran ventaja.

URBANO.

Qué respondéis á eso!

CAROLINA.

Queréis que siga hablando de mí? Es tan poco divertido!

EL DUQUE.

No importa.

CAROLINA.

Pues bien, mi ambición, mi sueño dorado es hacer algunas economías para educar al menor de mis sobrinos: los otros podrán colocarse dentro de algunos años; pero el mas chiquito... el mas débil... ¡Ah! si le conocierais! es un ángel! tan amable, tan cariñoso, tan mono! (Enjugándose las lágrimas.) Pero ¿qué saben los hombres de eso? ¡los hombres no comprenden que el amor de un niño pueda llenar el corazón de una muger!

URBANO, conmovido.

Dispensad, señorita; yo lo comprendo perfectamente! (Carolina pasa á la derecha.)

EL DUQUE,

De modo que tú la animas á que no se case?

URBANO, en voz baja.

¡Creo que somos indiscretos y que hacemos mal en remover sus penas! Vienes á mi cuarto?

EL DUQUE, en el mismo tono.

No, ahora que está conmovida voy á hablarle...

URBANO.

De qué?

EL DUQUE.

Ya verás!... Señorita de Saint-Geneix!... Despues de lo que acabáis de decir...

URBANO, con autoridad.

¿Señorita, habéis tenido la bondad de arreglar las cuentas del mes corriente?

CAROLINA.

Aun no están del todo, señor marques; las queriais ahora?

URBANO.

Desearia que estuvieran para esta noche.

EL DUQUE.

No, hombre, no, lugar hay mañana!

CAROLINA, pasando al centro.

No, inmediatamente. Voy á reunir las notas y á traéros las, señor marques. (Sale por la galería de la izquierda.)

## ESCENA III

EL DUQUE, URBANO, en el sofá.

EL DUQUE.

Por Cristo!... le das órdenes como si fuera una criada!

URBANO.

Yo no doy órdenes á nadie!

EL DUQUE.

Llámalo como te dé la gana; pero lo que acabas de hacer es muy poco delicado.

URBANO.

Por qué?

EL DUQUE.

Porque la despides precisamente en el momento que yo creia mas oportuno para decirla en voz alta...

URBANO.

Qué?

EL DUQUE.

Lo que de ella pienso hace mucho tiempo: que es una muger adorable!

URBANO.

Estás loco?... Sabes lo que dices?

EL DUQUE.

Ya lo creo! Pero tú no tienes ojos, chico? ¿No ves ese talento, esa gracia, ese?... Y sin trenza postiza, sin polvos de arroz, sin

adobo de ninguna especie!... ¡Cuando te digo que es una muger fenomenal!

URBANO.

De modo que estás enamorado perdido?

EL DUQUE.

Debo estarlo, porque soy lo mas zote!...

URBANO.

Y la palabra que diste á mamá?

EL DUQUE.

Pero yo no le di palabra de ser ciego! ¿Tengo yo la culpa de que la señorita de Saint-Geneix me guste, de que me haya trastornado el juicio? Conozco que tiene mas talento que yo y ¿qué quieres? sufrir su superioridad es para mí una delicia.

URBANO.

Entonces... ¿era un casamiento lo que ibas á proponerla?

EL DUQUE.

Pues es claro! pero soy tan torpe, que no me habria comprendido.

URBANO, levantándose.

Y aunque te comprendiera, adivinando la oposicion de nuestra madre...

EL DUQUE, pasando á la derecha.

Bah! mamá no funda en mí ninguna esperanza. Por mas que digas, tú eres quien satisfará su ambicion con un brillante casamiento. Oh! y al fin tendrás que hacerlo, que someterte á cumplir con tu deber! Tú, mi querido Urbano, te convertirás en gefe de la familia y serás el sosten de nuestra casa. Yo haré olvidar mis calaveradas desapareciendo de la escena del mundo, me casaré modestamente y pasaré en mi oscuro rincon una existencia tranquila y honrada, cuya felicidad te deberé á tí.

URBANO.

A mí?

EL DUQUE.

Si, ingrato! Sin tí, aun estaria bajo el árbol de marras, cazando

reumatismos y soñando con modistuelas de tres al cuarto. Y ahora, qué diferencia! En vez de un árbol, construiré una cabaña al extremo del parque, me haré labrador, cultivaré la tierra, cosa que no debe ser muy difícil de aprender, y fundaré mi dicha en un corazon, un pan y una cebolla. En una palabra, me siento dispuesto á ser todo lo que se llama un hombre de juicio; tanto, que si alguna vez necesitas un consejo, no tienes mas que ir á buscar-me.

URBANO.

Magnifico! De modo que ¿estás seguro de agradar á la señorita de Saint-Geneix?

EL DUQUE.

Pues ya lo creo! ¡Seré con ella tan amable, tan!... Además, cuento contigo para que me ayudes á inspirarle confianza.

URBANO.

En un cuarto de hora?

EL DUQUE.

Ya hace tres meses que nos conoce. El mundo fué hecho en siete dias y es cosa mucho mas complicada.

URBANO.

Creo que no necesitarás tanto para mudar de opinion.

EL DUQUE.

Te engañas! no cambiaré tan facilmente.

URBANO.

Nunca?

EL DUQUE.

¡Hombre, llevas las cosas tan al extremo! ¿Quién mil diablos puede responder del dia de mañana? Lo que te aseguro es que hoy estoy decidido.

URBANO.

Pues bien, es menester que empieces por hablar á mamá!

EL DUQUE.

No! mamá no entiende gran cosa de preliminares; quiere hacerlo todo con demasiada solemnidad y... eso es la causa de que

tu casamiento no avance un paso.... Yo quiero que el mio marche al vapor. Empiezo por agradar á Carolina; así que ella me ame, te lo aviso, y tú te encargarás de decirla : « Señorita de Saint-Geneix, puesto que os gusta la sencillez de la vida campestre ¿queréis ser duquesa y labradora á un mismo tiempo? » Ya ves que la cosa no es muy difícil.

URBANO, pasando á la derecha.

¡Que Dios te tenga de su mano... y que él proteja á la señorita de Saint-Geneix!

EL DUQUE, pasando á la izquierda.

Cómo! dudas de mí?

PEDRO, entrando por el fondo.

La señora marquesa me encarga decir al señor duque y al señor marques que acaba de llegar el señor conde de Dunieres.

EL DUQUE.

Diablo! ya no podrá ser esta tarde!

URBANO.

Mejor! así lo consultarás con la almohada.

EL DUQUE.

Pero ¿y si la almohada me aconseja lo mismo que yo deseo?.. Vienes, Urbano?

URBANO.

¿A ver á Dunieres? Sí, allá voy.

EL DUQUE.

Pues date prisa. (A Pedro.) Están en el jardín?

PEDRO.

En el salon, señor duque. (Sale el duque por el fondo.)

URBANO.

Pedro, habia suplicado á la señorita de Saint-Geneix.... (Carolina entra por la puerta de la galería. — Pedro sale por la del fondo.)

## ESCENA IV

CAROLINA, URBANO.

CAROLINA.

Aquí tenéis las cuentas, señor marques. (Las coloca sobre la mesa y hace ademán de salir.)

URBANO.

Gracias, señorita... ¿Me permitiréis que os haga una pregunta?

CAROLINA.

Sí, señor marques.

URBANO.

Hace un instante, hablabais de proyectos... ¿Pensáis abandonar á mi madre?

CAROLINA.

Por ahora... no! á ménos que...

URBANO.

Seguid.

CAROLINA.

A ménos que se cansase de mis servicios ó que ya no los juzgase necesarios.

URBANO.

O que alguna de las personas que os rodean... os ocasionase algun disgusto... os diese algun motivo de queja...

CAROLINA, adelantándose hácia el proscenio.

Oh! sin duda alguna! pero hasta ahora, todo el mundo se ha mostrado conmigo atento y bondadoso.

URBANO.

Escepto yo?...

CAROLINA.

No me he apercebido de ello.

URBANO.

Mi hermano es mas amable y os inspira mas confianza...



CAROLINA.

Como todo el mundo, señor marques; yo no tengo secretos.

URBANO.

Y si los tuvierais?

CAROLINA.

Pero es que no los tengo.

URBANO.

Y si, á pesar vuestro, os confiaran uno?

CAROLINA.

Sabria guardarle.

URBANO.

Sagradamente?

CAROLINA.

Sí, señor marques.

URBANO.

Pues bien, ¿qué haríais si ocurriese algo por lo cual pudierais arrepentiros de haber venido aquí?

CAROLINA.

Me marcharía.

URBANO.

Sin decir nada á mi madre?

CAROLINA.

A vuestra madre ménos que á nadie!... Nunca me perdonaría haber sido para ella causa de disgusto ó de pesar.

URBANO.

Y á mi... me lo diríais?

CAROLINA.

A vos, señor marques?

URBANO.

Sí. Vamos... hablemos francamente. Si mi hermano, que en el fondo es sincero y bueno, pero que tiene el defecto de ser demasiado aturdido, os ocasionase algun disgusto con sus familiaridades...

CAROLINA, pasando á la derecha.

Espero que no sucederá, señor marques; el señor duque tiene demasiada educacion para faltar á nadie al respeto, para olvidar lo que á sí mismo se debe.

URBANO, con calor.

Pero, en fin... sin faltáros al respeto, pudiera ocasionaros ciertas inquietudes... colocaros en cierta posición en que tal vez os fuesen útiles mi consejo y mi apoyo. En Paris teníamos mas intimidad que aquí, señorita de Saint-Geneix! Algunas veces me permitia consultaros y me lisonjeaba de que tal vez llegaría un dia en que yo os inspirase la misma confianza... ¡vana ilusion! Aquí os encuentro mas reservada, ya sea por el exceso de ocupaciones, ó por otra causa que creo adivinar... (Movimiento de asombro de Carolina.) Si no me engaño, la conducta de mi hermano os ha hecho circunspecta, desconfiada, y tal vez os contrista algunas veces. Pues bien, Cayetano tiene buen corazon, yo le quiero, y mi influencia para con él vale alguna cosa. Decidme francamente lo que pensáis de sus palabras, de su manera de conducirse, y os juro que...

CAROLINA.

Gracias, señor marques; no quiero que por mi causa haya jamas ni el mas leve disentiendo entre vos y vuestro hermano. En este supuesto, si tuviese de él algun motivo de queja, tambien yo os juro que nadie lo sabría.

URBANO.

Aunque ese motivo fuese grave?

CAROLINA.

Pero suponéis lo imposible!

URBANO, con exaltacion.

Y si ese imposible sucediera... partiríais?

CAROLINA.

Permitidme, señor marques, conservar el derecho de juzgar por mí misma de lo que haría si llegara ese caso.

URBANO.

Muy bien, señorita! deseo que vuestra prudencia se halle á la

altura de vuestra presuncion! (A parte.) Oh! le ama! (Sale por la derecha.)

## ESCENA V

PEDRO, CAROLINA.

PEDRO, entra por la puerta de la galería con un cuaderno en la mano. Aquí ténéis el extracto del padron que buscabais, señorita.

CAROLINA.

Gracias, Pedro. Llevádele al señor marques. (Va hacia la ventana de la derecha.)

PEDRO.

Estáis indispuesta?

CAROLINA.

No, amigo mío.

PEDRO.

Tenéis algun pesar?

CAROLINA.

No, no es nada.

PEDRO.

Acaso el señor duque?...

CAROLINA.

Oh! no, el duque es un excelente sujeto.

PEDRO.

Quizas el otro?... (Carolina se sienta en el sofá.) El señor marques no parece muy amable con vos; siempre os habla con cierto despegó...

CAROLINA.

Oh! me habla tan poco!

PEDRO.

Estáis aqui á disgusto?

CAROLINA.

No! pero algunas vece pienso en el pasado... Es tan hermoso estar en su casa! En familia todo se tolera, todo se olvida, y siem-

pre encuentra una aprecio y cariño. Pero los estraños no son tan indulgentes: juzgan las cosas á su modo, y en sus momentos de mal humor la pegan con no importa quién. Y luego, no siempre sabe una como comprenderlos; se tiene el temor de interesarse por ellos mas de lo que desean, y al que no sale de los limites de una prudente discrecion, le acusan de ingratitud. En fin, cuando no se está en su casa, no hay mas que tener paciencia! (Se levanta.)

PEDRO.

Yo puedo tenerla; pero vos no estáis acostumbrada á eso, y, si esto sigue asi, pronto os llevo conmigo y... ya veréis como lo arreglo!

CAROLINA.

Tú, Peyraque?

PEDRO.

Sí, yo! os diria: es preciso, y sé que no vacilariais.

CAROLINA.

Bien; y á dónde me llevariais?

PEDRO.

A mi casa! Mi muger os buscaria ocupacion, y si no teniais comodidades, al ménos no estariais entre estraños.

CAROLINA, yendo hácia él.

Gracias, mi buen Peyraque! Pero aun debo permanecer aqui.

PEDRO.

Por qué?

CAROLINA.

Aunque el señor marques nada me ha dicho, sé que trata de poner á mis sobrinos en el colegio; y mientras yo pueda, quiero servir á su madre para pagarle mi deuda de gratitud.

PEDRO.

Y sin embargo, no es el marques el que os trata mal?

CAROLINA.

Ah! si al fin llegara á disgustarlos sin poder remediarlo, creo que a ménos tendrian la franqueza de decirmelo. Pero lleva esa nota al señor marques. (Pedro va á salir por la derecha; pero al ver á Carolina,

que ha ido á sentarse al escritorio, sollozando con la cara entre las manos, vuelve hácia atrás.)

PEDRO.

Dispensádmme, señorita Carolina, dispensádmme que os llame como cuando erais pequeña; entónces, es verdad, no sabia distraeros, pero algunas veces sabia consolaros... Si mi muger estuviera aquí, ella os diria lo que yo, pobre de mí, no sé deciros... yo no sé esplicarme...

CAROLINA, tendiéndole la mano.

No importa! háblame, amigo mio! ya no tengo padre, no tengo nadie en el mundo que pueda aconsejarme, protegerme...

PEDRO.

Ah! yo no soy mas que un pobre criado y mi proteccion vale bien poco. Pero... pensád en la noble altivez de vuestra familia, en el respeto con que todo el mundo la miraba, y no sufráis que nadie os mortifique. Nadie tiene ese derecho... ¿lo entendéis, señorita? nadie! Un hombre que no pueda hacer os su esposa no debe tomarse ni aun la libertad de miraros, y... el señor marques os mira demasiado fijamente!

CAROLINA, levantándose.

Él?... no digas eso! Tú te engañas!

PEDRO, con severidad.

Y vos tratáis de engañaros á vos misma... Olvidad eso, que nada vale.

CAROLINA, dejándose caer en el sillón y sollozando.

Ah!... cuánto daño me estás haciendo!

PEDRO.

Lo veo, señorita, pero ¿qué queréis? es mi deber!

CAROLINA, con energía.

Pues bien, conozco cual es el mio y sabré cumplirle debidamente. (Se levanta y pasa á la derecha.) Veré con satisfaccion esa proyectada boda y contribuiré en cuanto pueda á su cumplimiento. Puedes estar tranquilo, seré digna de mi padre; y si me ves desfallecer, riñeme, te autorizo para ello... te lo suplico! Dame un vaso de agua. (Pedro va á buscarle al velador y se le presenta.)

PEDRO.

Sí, sí, eso es, reponeos.

CAROLINA.

Gracias. (Bebe un poco, moja despues el pañuelo y se enjuga los ojos.) Ves?... ya paso!

PEDRO.

Valor, señorita, valor!

CAROLINA.

Sí, sí, le tendré, amigo mio! (El duque entra por la galería. — Pedro sale por el fondo.)

## ESCENA VI

EL DUQUE, DIANA, CAROLINA

EL DUQUE.

Chist! aqui tenemos á la señorita Diana.

DIANA, entrando alegremente.

Sí, héme aqui! (Va á besar á Carolina.)

CAROLINA.

Tanto bueno?...

EL DUQUE.

Eso es, besaos, y hablemos formalmente! Señorita de Saint-Ge-neix, os necesitamos. (A Diana.) Hablad!

DIANA.

¡No! primero vos.

EL DUQUE.

Pues bien, el asunto es muy grave... y muy solemne! Oid, señorita Carolina, ¿creéis que una jóven rica, hermosa, de elevada cuna, tenga derecho de casarse con un chico escelente, virtuoso y noblemente arruinado, como, por ejemplo, el marques de Villemer? ¡Respondéd!

CAROLINA.

Sin duda! y si la señorita de Saintrailles lo hace merecerá mi aprobacion.

DIANA.

De veras?

CAROLINA.

Tan cierto como que os quiero con toda mi alma.

DIANA, al duque.

Entonces, continuad y decidnos también vuestra opinión.

EL DUQUE.

Continúa, y mi opinión es que cuando el joven arrumado se hace de rogar, ya sea por modestia ó ya por orgullo, debe la joven y rica beldad insistir y vencer.

CAROLINA.

Y qué puedo yo hacer en eso?

EL DUQUE.

Hélo aquí: — Yo voy á decir á Urbano que el señor Dunieres le espera en el salón: cuando pase por esta pieza, le entretendréis con cualquier pretexto y yo buscaré despues uno para alejaros, á fin de que esta señorita y él queden solos y de que puedan esplícarse francamente.

CAROLINA.

Fues bien, nada mas sencillo; le diremos que...

EL DUQUE.

Pero, qué tenéis?

CAROLINA.

Yo? nada, no tengo nada...

EL DUQUE.

Sí, sí, estáis pálida.

DIANA.

Tiene las manos heladas!

EL DUQUE.

La señorita Carolina es muy endeble. (Hacen sentar á Carolina en el sofá.)

CAROLINA.

Al contrario, señor duque, soy muy robusta!

EL DUQUE.

No la creais; es fuerte de voluntad, pero débil de cuerpo.

DIANA, á parte.

Pobre chica!

EL DUQUE.

Y luego, trabaja tanto!... Debería pasearse, distraerse... Ah! una idea! ya tenemos el pretexto!

DIANA.

Y es?...

EL DUQUE, pasando á la derecha.

Muy sencillo. (A Carolina.) Sabéis montar á caballo?

CAROLINA.

Bastante mal.

EL DUQUE.

No importa! con eso aprenderéis. Voy á decir que ensillen á Babiéca. (Se aleja hácia el fondo.)

DIANA.

Qué Babiéca es ese?

EL DUQUE, volviendo al proscenio.

! No creais que es el caballo del Cid! es la jaca del guarda, un animalito manso como una oveja é incapaz de tomar el trote sin permiso del jinete.

CAROLINA, levantándose y pasando á la izquierda.

Pero yo no tengo ganas de pasear... Además, pronto va á anochechar y...

EL DUQUE, pasando á la extrema izquierda.

Ca! aun tenéis tiempo. Ya veréis, ya veréis como os hago dar un paseo higiénico y provechoso. (A Diana, señalando hácia la ventana.) Mirad, ¿no preguntabais por Babiéca? ahí! la tenéis, la traen del prado. (Llamando.) Eh! Lorenzo! esperadme ahí! (A Diana y á Carolina.) Voy yo mismo á ensillar ese fogoso animal y á hacerle dar cuatro corcobos preliminares... Dentro de cinco minutos estoy de vuelta. (Salta por la ventana.)

## ESCENA VII

CAROLINA, DIANA.

DIANA.

¡Qué lástima que tenga tan poco fundamento!... Es tan amable :  
(Entra el marques por la derecha.)

CAROLINA.

Aquí viene el marques.

DIANA, á Urbano que se dirige hácia la galería.

Señor marques!

## ESCENA VIII

URBANO, DIANA, CAROLINA.

URBANO.

Ah! perdonád, señorita de Saintrailles... no sabia que estabais aquí... el señor Dunieres me ha mandado llamar...

DIANA.

No, no ha sido él, señor marques, he sido yo. ¿Queréis concederme una audiencia?

URBANO.

Una audiencia?... ¡Me gusta la palabra, señorita!

DIANA.

Dispensádmela si no os parece oportuna; pero temo ser indiscreta, y... (Bajo á Carolina.) ¡Ayudádmme por Dios, Carolina!

CAROLINA.

Señor marques, la señorita de Saintrailles desea aprender... la botánica. Sabe que poseéis excelentes obras y buenos herbarios, y la he dicho que tendríais mucho gusto en prestárselos.

URBANO.

Sin duda, señorita, ¿queréis llevarlos esta misma tarde?

DIANA.

No, porque todavía me hallo en el a, b, c! Seria necesario que tuvieseis la bondad de elegirme algo que estuviese á mi alcance.

URBANO, yendo hácia la derecha.

Inmediatamente.

DIANA.

Oh! no corre tanta prisa!

## ESCENA IX

DIANA, URBANO, EL DUQUE CAROLINA.

EL DUQUE, entrando por el fondo.

Ya está ensillada Babiéca, señorita de Saint-Geneix. Aprovechád los últimos guiños del sol.

URBANO, á Carolina.

Vais á salir á caballo?

CAROLINA.

Sí, señor marques.

URBANO.

Ignoraba que supieseis... Nunca os he visto montar!

EL DUQUE.

La señorita de Saint-Geneix lo sabe todo. Además, que para lo que no sepa aquí estoy yo.

URBANO.

Ah! vos sois el profesor?

EL DUQUE.

Yo mismo.

URBANO, yendo hácia la ventana de la izquierda.

Pero no veo mas que un caballo!

EL DUQUE.

Justo : el tuyo está cojo y el mio le he vendido! Como no monte uno de los normandos de labranza! (A Carolina.) ¿Queréis que le en-

sille y que os acompañe? A mi no me importa salir aunque sea en un rocín.

CAROLINA.

No, no, señor duque, mejor voy sola.

URBANO.

Sin duda! quédate y me ayudarás á escojer los libros para. .

EL DUQUE.

Despues... No quiero que la señorita de Saint-Genex se esponga sola á ser victima de la fogosidad de Babieca. (A Carolina.) Venid, yo la conduciré por la brida y daremos una vuelta por la dehesa.

URBANO, con intencion.

No, mejor es por el soto!

EL DUQUE.

Por qué?

URBANO, conteniéndose.

Hay mas sombra... y es mas agradable!

EL DUQUE.

Calla, pues es verdad! (Sale por el fondo con Carolina.)

## ESCENA X

DIANA, URBANO.

DIANA.

Es muy dificil aprender la botánica?

URBANO, distraido, mirando por la ventana.

Sí, es un estudio muy divertido!

DIANA, á parte.

Qué bien responde! (Alto.) Y para hacer los análisis?

URBANO.

Yo os los daré hechos.

DIANA.

Os tomaréis ese trabajo?

URBANO, distraido.

Sí, eso me proporcionará ocasion de...

DIANA.

De ser galante?

URBANO.

Sí, señorita.

DIANA, sentándose á la izquierda.

Me oís, señor de Villemer? (Urbano cierra la ventana.)

URBANO.

Tenéis algo que ordenarme?

DIANA.

Sí, que me escuchéis.

URBANO, aproximándose.

Os escucho, señorita.

DIANA.

Señor de Villemer, tengo que pedir os un consejo.

URBANO.

Pues bien, señorita, la botánica aplicada á la agricultura...

DIANA, se levanta y va á sentarse al sofá.

Señor marques, yo respeto mucho la agricultura, pero me hace poquísima gracia.

URBANO.

Entónces, la botánica bajo el punto de vista...

DIANA.

Oh! no, dejad en paz la botánica, y permitidme que os consulte sobre otra cosa: por ejemplo, sobre el empleo de mi tiempo y de mi voluntad, de mi fortuna, de mi independencia y de mi porvenir.

URBANO.

Ah! nada ménos que eso?

DIANA.

Os parece mucho?

URBANO.

Ya lo creo! Es el problema mas dificil de resolver.

DIANA.

No importa! resolvédele en dos palabras?

URBANO.

En dos? pues oid: desconfiad siempre.

DIANA.

De mí ó de los demas?

URBANO.

De los demas y de vos.

DIANA.

He ahí una cosa que me parece mas difícil que la botánica.

URBANO.

Mucho mas. ¡Hay tantos lazos en que se deja uno prender sin saber cómo!

DIANA.

Es decir, que sois desconfiado, celoso tal vez! Vos, que parecéis tan bueno!

URBANO.

Reputacion usurpada, señorita. Hay dias en que soy vengativo y hasta malvado.

DIANA.

Jesus! y estáis en uno de esos dias?

URBANO.

Tal vez!

DIANA, levantándose.

Entonces volveré por aquí, porque á mí no me gusta sino el sacrificio y la abnegacion... Encuentro tan hermoso contribuir á la dicha de los demas!

URBANO.

Y creéis que eso es cosa fácil?

DIANA.

Si lo fuera la desdeñaria: no me gustan las cosas fáciles.

URBANO.

Ah! tenéis valor y corazon!... Pues estád sobre aviso! ya sabéis que cuando se siembran beneficios...

DIANA.

Se cosechan ingratitudes?

URBANO.

Seguramente.

DIANA.

¿Aun cuando diera mi libertad, mi fortuna y mi vida por salvar á alguien?

URBANO.

Señorita de Saintrailles, no ofrezcáis todo eso sino al hombre que os ame apasionadamente.

DIANA.

Y ese no seria ingrato?

URBANO.

Quizas sí; pero al ménos, no habria cometido una infamia al aceptar vuestro sacrificio. (Se aleja un poco hácia la izquierda.)

DIANA.

Agradezco vuestra franqueza, señor marques; pero yo no veo el mundo tan sombrío como decís. Yo me consagraré á la felicidad de mis semejantes, sin inquietarme del porvenir, porque eso es mi sueño dorado, mi ideal, mi poema... Qué queréis? cada cual tiene a suyo, y yo elijo el que me parece mas bello. ¡Quién sabe si soy una fuerza que Dios quiere emplear para un designio oculto! Así, pues, seguiré mi destino, escucharé el grito de mi corazon, curaré los dolores de los agenos, y seré dichosa, porque la bondad nunca deja hiel en el alma. Buenas tardes, señor de Villemer; gracias por vuestros herbarios; mañana los espero.

URBANO, adelantándose hácia Diana.

Los tendréis, señorita. Perdonád que os haya dicho cosas tan poco alegres y que os haya dejado entrever mi misantropía. En ocasiones sabe uno que hace mal... y sin embargo, no puede uno contenerse!

DIANA.

Entonces, yo respondo de vuestra conversion.

URBANO, con inquietud.

Pero... qué haréis para efectuarla?

DIANA.

Ese es mi secreto... y no tratéis de adivinarle, porque sería inútil. Ahora, tengo que hablar al duque de Aleria : ¿ creéis que haya ido muy lejos con la señorita de Saint-Genex?

URBANO, con viveza.

Voy á buscarle. (Se adelanta hácia el fondo.)

DIANA.

Eso es, id. (A parte.) Pobre muchacho ! estaba deseando tomar la puerta.

## ESCENA XI

DUNIERES, LA MARQUESA, URBANO, DIANA.

DUNIERES, entrando por la galería y viendo salir á Urbano.

Buenas tardes, querido Urbano... Calla ! estabais ahí con mi pupila? y yo que la andaba buscando!... ¿ Pero á dónde vais tan de prisa?

URBANO.

Voy á desempeñar un encargo de la señorita. (Sale por el fondo.)

## ESCENA XII

DUNIERES, LA MARQUESA, DIANA.

LA MARQUESA.

A donde le mandáis?

DIANA, sonriendo.

Va á buscarme unas plantas.

LA MARQUESA.

No habéis hablado de otra cosa?

DIANA.

Si, señora.

DUNIERES.

Y bien?...

DIANA.

Ya os lo contaré despues. (El duque entrando por el fondo.) Aquí está el duque; este no se hace esperar!

## ESCENA XIII

DUNIERES, LA MARQUESA, EL DUQUE, DIANA.

EL DUQUE.

Me estabais esperando?

DIANA.

No os lo ha dicho vuestro hermano?

EL DUQUE.

No lo he visto.

DIANA.

Habéis entrado con la señorita de Saint-Genex?

EL DUQUE.

Y tanto mas pronto, cuanto que no he salido.

DIANA.

Pues y ella?

EL DUQUE.

Fué al parque á dar un paseo con Pedro.

DIANA.

Quién es Pedro?

EL DUQUE.

El marido de su nodriza.

DIANA.

Ah ! sí. Carolina me ha hablado de él : un hombre escelente.

LA MARQUESA.

En todo y por todo.

DIANA.

Así lo creo, y por eso le quiero.

EL DUQUE.

Ah ! le queréis?...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1080. 1625 MONTERREY, MEXICO